

CeDInCl

**PASEO  
NOCTURNO  
CON  
BEATRIZ**

El coche no tenía rebajada la tapa de cilindros, tampoco estaba pintado color naranja rabioso. Ni siquiera tenía cortado el caño de escape. Era simplemente un Fiat 128 azul oscuro que se deslizaba por Libertador un miércoles de otoño a las diez de la noche.

Dentro del auto Pedro, apenas alejado del volante, parecía un mago algo nervioso. De una cosa estaba seguro: era mejor no pasar de sesenta por hora; Beatriz era de esas mujeres biológicamente temblorosas y no había razón para meterle temores en el cuerpo. Ahora que lo pensaba, las imperfecciones estaban logrando superar la imagen acabada que él traía en la cabeza. Beatriz no se había lavado el pelo; ya no había entonces ese chorro colorado que caía blandamente sobre los hombros dejando presentir un olor dulce. Estaba recogido con una hebilla, desordenado y escapándose, y sobre los labios había unas gotas transparentes. Pequeño sudor, apuro ilusionado eran esas gotas, mucho mejores que cualquier perfume de seducción satinada. Y estaban, lentos y repentinos, los muslos de Beatriz. Pedro los miraba de reojo, después de una mirada hacia todo el cuerpo recostado en el ángulo que hacía el asiento con la puerta derecha.

—¿Te gusta el puerto de San Isidro?

—¿Ahí vamos a ir? ¿Enfrente del río?

—A tomar cerveza, si es que encontramos algún lugar.

—Sí, me gusta.

—¿La cerveza o el río?

—Todo.

Ahora el paseo era una rutina inesperada, alegre. Todo lo que Pedro había preparado y que interrumpía de vez en cuando únicamente la luz roja de un semáforo.

—¿Fuiste a la facultad? —preguntó.

—Sí, claro que fui.

—¿Y?

Beatriz giró la cabeza y se quedó mirándolo como si no entendiera. A él le gustó pensar que era un gesto premeditado. De esa forma lo obligaba a repetir cosas ya dichas. Seguramente era una tarea que a él le interesaba y a ella la fascinaba. Eso fue lo que más entusiasmó a Pedro: que a ella pudieran fascinarle escucharlo. Entonces todo iba bien y el río ayudaría.

—Ya sabes qué es lo que te pregunto. Me parece,

—Bueno. ¿Qué es? —dijo ella salpicándolo con una risita salvaje.

—Si en vez de ir derecho a la clase de didáctica te quedaste hablando un poco con la gente. Si paseaste por los corredores. Si pediste volantes.

La miró y sonrió. Y de nuevo las piernas. Eran como dos calles bajando, angostas y desiertas, imprevistas. A ella se le encendieron los ojos.

—Sí. Me pasé como una hora hablando con tipos de todos los partidos. Me llenaron de volantes. —Dudó un momento—. Entiendo bastante poco.

—Está bien. O está mal, según como uno lo mire. Pero es un paso, sabes.

—No veo por qué es un paso, Pedro. Mirá, hasta me da vergüenza; me parece que hablaran en sánscrito.

Le explicó que eso era lo sano, la vergüenza. Habían pasado la quinta presidencial, no había demasiados autos y por un hueco abierto por la ventanilla se filtraba un viento sonoro y lacio. Explicarle era una tarea seria y divertida. Especialmente ahora que se iba sintiendo seguro. Al final del trájín estarían esos labios delgados, el momento de librar de la hebilla al chorro colorado. Pedro nunca había tenido una mujer pelirroja. En realidad había tenido pocas mujeres. Beatriz iba a ser como el viaje total que un hombre planea para el día en que tenga dinero.

—A vos tampoco te entiendo. Pero es un poco distinto. Me parece que es mejor no entenderte a vos;

Pedro apretó el acelerador casi sin darse cuenta. Después lo fue soltando.

—Cuando uno empieza a tener vergüenza de su inoperancia frente a los demás. En ese momento empieza a cambiarle la sangre. Cuando pasa frente a una villa miseria y se pregunta cosas en serio y también se avergüenza. ¿Me entendés?

—Sí —dijo ella. Acercó la cabeza a la ventana y suspiró—. ¿Y vos qué sos? ¿Guerrillero con coche?

—El coche me lo compré con mi laburo. Lo tengo porque me imaginé que alguna vez podía salir a pasear con vos. Y para otras cosas que no te voy a decir.

—Nos vimos tres veces y siempre hay cosas que no vas a decir.

—Mirá Beatriz —Pedro calculó que en ese momento debía pasarse la mano por el pelo y lo hizo—. Yo trato de entender y hacer lo que me parece mejor. Estoy seguro de que esto hay que cambiarlo. Y siempre me gustó la violencia, sabes. Quizás es un defecto, pero es así. De chico quise aprender box y me salí con la mía. No me molestaba que me saliera sangre de la nariz. Jugué al rugby, me peleé, pero ahora todo eso se va terminando. Hay otras violencias, las que sirven. Digamos que voy recorriendo el camino para encontrarlas. Es una cuestión de piel, se empieza como vos, teniendo vergüenza.

Apretó las manos contra el volante y se reclinó en el asiento, satisfecho. Había logrado el punto medio exacto. Ella se movió como una rama, algo agitada. La miró y vio que se mojaba los labios.

Pedro tragó saliva. La idea que siempre había tenido era que hay silencios importantes. Una persona los pasa y ve que las cosas cambian de nombre o se dieron vuelta. Hay que dejarlos transcurrir, y mucho más con una pelirroja sentada en el coche.



Beatriz había sacado un espejito y se arreglaba el pelo con las puntas de los dedos. El estaba medido en el silencio como un recién llegado a un bosque de pinos que tapa todos los demás paisajes. El auto estaba parado frente a una empañada luz roja. Realmente se sorprendió cuando escuchó los golpes en el vidrio: había un hombre esperando y todo indicaba que quería fuego. Pedro abrió más la ventanilla mientras tanteaba el encendedor. Ahí fue cuando el tipo metió el caño de un revólver (un treintaiocho, pensó Pedro inexplicablemente) y lo movió de lado a lado.

—Abrí —dijo.

Lo que Pedro no había visto eran las figuras de los otros dos. Las vio con el grito de Beatriz, la puerta derecha que se abrió, un empujón, el hombro de ella contra la palanca de cambios y otro caño. Después, los tres tipos adentro. Uno adelante, entre Beatriz y la puerta, los otros dos atrás. No iba a intentar ningún movimiento, iba a esperar. Por eso no comprendió el golpe detrás de la oreja, solamente evitó el gemitido y descubrió que el pie izquierdo le temblaba sobre el embrague. Le había dolido en serio.

—Te quedás quietito, ¿eh? Y vas para donde yo te digo.

Desprendió un sonido afirmativo. Un ruido pegajoso, una queja de viejo enfermo.

—¿Qué quieren? —dijo Beatriz de repente—. Les damos todo, en serio. Tomen la cartera.

—¿Cuánto hay ahí? ¿Mil pesos, pendeja? —dijo el que estaba sentado al lado de ella hablándole demasiado cerca—. Pelotudos no somos, mi amor.

—Vos te callás, Chato —dijo el que estaba detrás de Pedro—. Y vos meté primera y seguí derecho hasta que yo te diga.

Beatriz dijo algo, un pero desarticulado. Se estrechó contra Pedro, que había visto pasar un coche y había pensado en tocar la bocina. Ahora ese coche se alejaba y Pedro trataba de dominarse para hacer el cambio.

—Basta, guachita —dijo el que estaba detrás de Beatriz agarrándole el hombro—. Puede ser que no te pase nada. Puede ser que sí, quién sabe.

—Hablar menos, Pacha, hablar menos —dijo la voz en la nuca de Pedro. El tipo se inclinó hacia adelante para mirar las piernas de Beatriz.

Pedro pensó que había sido un movimiento lógico pero igualmente repugnante. Después, mientras descubría que Libertador no iba a dejar de estar desierta, se le ocurrieron varias cosas más.

Podía intentar, por ejemplo, repetir lo de Beatriz. Que les daba todo, que se dejaran de molestar. Pero era una forma de ceder y regularles el coraje. Después de todo no parecían muy expertos y eso quizás era lo más peligroso. También calculó que el que estaba detrás de él era el jefe y que ya habían soltado dos nombres: Pacha y Chato. Pero podían ser figurados, elegidos sólo para esa noche. Se dio un respiro y trató de distraerse. Nunca había tenido a Beatriz tan cerca. En su mismo asiento, al costado, había una mano blanca y delgada, débil como un cachorro. La agarró y la apretó débilmente. Era la primera vez que apretaba la mano de una mujer pelirroja.

Al que mandaba no se le escapó.

—Soltala —dijo—. Lo único que tenés que hacer es manejar.

Entonces Pedro descubrió que tenía miedo. Se lo confesó a sí mismo porque era necesario tener una idea completa de la situación.

El que estaba al lado de Beatriz tenía una *carriapeta* crispada. Parecía que se aclaraba la garganta para empezar un discurso.

Además, siguió pensando Pedro, no sirve de nada tener los nombres. El no iba a ir a la policía a hacer ninguna clase de denuncias. Hasta dónde los llevarían. Ya habían pasado la curva de la plaza, en la bajada de San Isidro, y se acercaban a Victoria.

—¿Y José? ¿Vamos a estar todo el tiempo así? —dijo el que se llamaba Chato.

—La nena se pone nerviosa y yo también.

Ahora ya sabía los tres nombres. Pensó que Beatriz esperaba algo de él. Pero no había que pensar en eso mientras no le hicieran nada. Allí estaban sus hermosas piernas ívidas, dormidas.

—Te callás, carajo —dijo el que se llamaba José, y miró la cara de Pedro en el retrovisor—. Ahora me vas a dar el reloj y la billetera. Ponelos acá —y abrió la mano por sobre el hombro de Pedro.

Eso era bastante mejor. Miró a Beatriz como tratando de pedirle que se tranquilizara. Pero no sabía si podía reproducir algún gesto. Se dio cuenta que tenía la cara tensa, quizás transpirada o roja. Eso era malo.

—Apurándose, mierda —dijo Pacha.

Tenía una voz magullada y aceitosa. Pedro la sintió en la oreja y el coche corcovó. Dejó la mano izquierda sobre el volante y con la otra se sacó el reloj. Lo dejó caer en la mano de José. Después la cartera; calculó que tenía algo más de seis mil pesos. El reloj no era nada. Siempre había hablado de que no le gustaba depender del tiempo.

—Ahora ella —dijo el Chato.

—Bueno, déense el gusto —asintió José.

Pedro miró el suave temblor de Beatriz. Estremecimientos que deberían haber sido para él esa misma noche. Imaginárselo le dio la idea de estar saliendo de una fiesta para entrar en un hospital desierto.

—José —dijo la voz aceitosa, y se percibió un movimiento de cabeza.

—Sí, ya sé. Doblá en esa esquina, y ojo con hacerte el rana —dijo José. Estaba exitado.

Para un tipo que tiene miedo no es lo mejor tener al lado otro que está exitado, sobre todo si lo tiene en contra. Pedro pensó todo esto mientras entendía que debía tomar a la derecha. El rebaje, la segunda y entraron a una calle completamente oscura. Podía ser Punta Chica, hacia el río, y la cosa pintaba peor.

—Ahora sí —dijo José.

Beatriz sintió la mano caliente de Pacha en el cuello, por debajo del pelo, y encogió los hombros y las piernas en un movimiento rígido. Pedro se preguntó desesperadamente si podía decir algo.

—¿Este es un recuerdo de familia? —dijo Pacha pegando un tirón al colgante de Beatriz. La cadenita se rompió—. Lástima, ¿no?

Era un medallón de plata con una figura indescifrable. Beatriz gimio y quiso agarrar la mano que seguía paseando por la nuca y bajaba por el hombro como un perro entre el barro. El Chato la agarró del brazo y la sacudió.



—Dale la cartera también —ayo.

—Los documentos no —murmuró Beatriz. Ya no parecía que fuera a estallar.

—Ya vamos a ver —contestó Pacha, y siguió acariciando el hombro pecoso.

El coche, pensó Pedro tratando de no mirar hacia su derecha. Seguramente quieren el coche. Se lo van a llevar y nos van a dejar en cualquier lugar. Tenía que ser eso. Beatriz respiraba confusamente, como lanzando señales de auxilio. El tenía que manejar y mantener la cabeza fría y no hacer otra cosa.

—Si quieren el coche díganlo ahora —trató de gritar—. No hace falta que nos dejen en el culo del mundo. Nos bajamos y ustedes se las toman, ¿eh?

—Seguí manejando, putita.

Pedro intuyó una sonrisa. Eso era lo peor, la incertidumbre. Se escuchó suspirar; no era una actitud que contagiara algo en particular, pero lo desanimaba incluso a él. Y Beatriz, y esa mano que se había quedado como un pescado sobre su hombro, y Chato, que seguía apretándole el brazo. No había que pensarlo hasta que no pudiera pasar nada grave.

Había un silencio blanco, pesado, y una ortiga que empezaba a arder en el estómago de Pedro. Se había terminado el asfalto y ahora bajaba un camino de tierra entre los primeros perfumes del río y unas luces extranjeras. Finalmente llegaron a una playa breve y húmeda, vacía bajo la placidez de la luna. Salieron del auto. Pacha y Chato empezaban a reírse y se alejaron unos diez metros con Beatriz, que ahora sí pedía que no y giraba la cabeza.

Pedro calculó que no podía quedarse clavado. Gritó que no le hicieran nada, que era lo que querían ahora, y sintió algo como un hachazo en los pies y corrió. José le hizo una zancadilla y Pedro creyó que la nariz le reventaba contra la arena.

Nunca le habían pateado la cara, ni siquiera una vez. Y ahora eran montones de tacos que le daban contra las sienes y la cabeza tropezando entre los hombros como una bolsa de cuero llena de piedras. Cerró los ojos y sintió otro mazazo en el estómago. No podía ser un tipo solo. Hecho una pelota escuchaba los nuevos gritos de Beatriz, después apagados y confusos como cubiertos por cortinas de agua. Le pareció que se acercaba alguno de los otros dos y lo paraban y una mano abierta le daba en los pómulos, en las costillas, y al bajar la cabeza la sangre inundaba el pulmón, líquido dulce, pavor de verlo. No era como en los partidos de rugby, la herida y después el alcohol en el vestuario. Querían aplastarlo como a una hormiga y estaban los gemidos de Beatriz y la cara oxidada de Chato intentando quién sabe qué maniobras. Las piernas eran dos hilos de pasto vencidos por una tormenta: se doblaron cuando Pacha lo soltó. Pedro cayó y en ese momento entendió lo que era el dolor. Otra suela sobre su cara, desde el cráneo hasta el mentón, y ahora sí le iba a explotar, iba a soltar una baba verde. Sin embargo el pie desapareció, se alejó tranquilamente. Quiso gritar, una vez más, algo que no fuera un chistido de lechuza. Pero el cuerpo que se iba hacia donde estaba Beatriz todavía llevaba un revólver en la mano. Se creen que me desmayé, pero soy fuerte.

Hubiera querido saber si eso iba a durar mucho tiempo. No eran sólo los dolores escapados de esos labios pálidos y rectos, apagados por el pañuelo que los amordazaba. Eran los hermosos muslos de Beatriz salpicados de sangre, un ángulo abierto y crispado que Pedro no podía ver sacudiéndose bajo las convulsiones del Chato, y la lengua y los dientes y esa cara grasosa entre hilachas de vestido y corpiño y aguacero colorado sobre los hombros por mandato de manos que barrían la piel.

Los ojos de Pedro se volvían a cerrar. Quizás el dolor. Quizás la vergüenza, se decía, hasta qué punto. Pero ahora todo estaba hecho. Quedaba un pequeño lugar para el decoro, más allá del treintaocho que todavía estaba en la mano de ese tipo que podía llamarse José. Ahora de qué servía. Esas piernas, las tibias rieras por donde Pedro debía haber paseado su sabiduría, estaban soportando la propia sangre, el pelo que él había comparado con un río de vino era nada más que campo para la boca negra del Chato. El dolor, el estupor, la vergüenza, el Chato se había levantado sin aliento, flácido, y sobre el cuerpo leve y ablandado en la arena caía Pacha.

Pedro lo había pensado, cómo no. Todos lo iban a hacer, dejar su saliva y su aliento sobre el cuerpo que él hubiera tallado hacia la madrugada. Hasta lo que estaba pasando ahora, Chato agarrando la ahogada cara de ojos verdes, sacando la mordaza y José sin pantalones, acercando su sexo húmedo. Lo escuchó decir que no, que la muy turra era capaz de morderlo. Pedro tenía que hacer un esfuerzo y pensar. Podía evitar la obligación de despreciarse para toda la vida. Con lo que tuviera, con las manos inútiles y la cabeza como un gato muerto. Tirarse contra ellos, patear. Pero estaba el revólver y ése no perdonaba. Escuchó un rasguio agudo, un vidrio roto en la garganta de Beatriz, el último grito de un desuartzado. Y vio a Pacha abrochándose la bragueta. Ella giraba sobre sí misma, golpeaba el suelo con las manos, se incorporaba y José le caía encima puteando y escupiendo.

A lo mejor ése era el castigo obligado por dejar que aquello sucediera, por esa piel con olor a ligustro recién regado (así la imaginaba) cruzada por la sangre y la espuma. Todavía había tiempo de salvar otras noches. Lo pensó y dobló las rodillas apoyando las plantas de los pies en el suelo. Pero un dolor como el de una vara de metal cruzándole el estómago lo obligó a encogerse. Había tiempo o no; ahí estaba José balanceándose como un oso sobre Beatriz. Y supo que no, que los revólveres todavía amenazaban y que la vida valía más que algunas vergüenzas. De todos modos consiguió levantarse y volver a conocer su carne abierta en el momento exacto en que José se alejaba de Beatriz y los tres se reían.

—Araña la puta —dijo el Chato—. Pero le gustó.

Se iban a ir. Con el coche y el dinero para terminar tomando cerveza. Habría que caminar hasta que alguien los levantara. Pensó también que no iba a ir a ninguna comisaría, qué falta iba a hacer. Los vio sacudirse la arena y tembló. Una vez había escuchado una canción medieval: no terminaba nunca de ser alegre o triste, era de una felicidad melancólica. Así se sentía él ahora. Seguramente porque tendría que cargar con el cuerpo de Beatriz sabiendo que no lo podría volver a ver nunca pero que ya no iba a suceder nada más. Un camino corto y una pared vacía.

Pacha y Chato ya estaban dentro del coche. José, antes de subirse, se acercó unos pasos hacia Pedro y le disparó dos tiros en el estómago.



Marcelo Cohen

CeD InCl